

á salvamento, para juntarse, en suma, á todos los buenos ciudadanos, y defender con ellos la capital de nuestro país contra Europa, sedienta de venganza.

Comprendiendo los mariscales que no cabía seguir otra conducta, tras de dar á las tropas algun descanso indispensable, no habiendo cesado de marchar en tres días hasta de noche, se dirigieron la del 27 hácia las cercanías de París, el mariscal Marmont por el camino de Melun, y el mariscal Mortier por el de Mormant, á fin de no embarazarse uno á otro por seguir la direccion misma.

Al día siguiente pernoctaron respectivamente en Melun y en Mormant, y, por tanto, á igual altura. Juntos el 29, pasaron por Charenton el Marne hácia su desagüe en el Sena. Ambos mariscales fueron á tomar las órdenes de José y de la regente acerca de la defensa de la capital de Francia.

En tanto, el general Compans, allegando al paso las tropas en retirada, las del general Vincent, que habian ocupado á Chateau-Thierry, las del general Charpentier, que habian ocupado á Soissons, empujadas de cerca por las masas de la coalicion unas y otras, hizo alto en Meaux, destruyó los puentes, arrojó gran porcion de pólvora al agua, y replegóse por Claye y Bondy sobre París.

Llegados los dos ejércitos de Silesia y Bohemia á orillas del Marne, les faltaba tomar sus disposiciones á fin de mostrarse delante de la capital de Francia. Esta gran ciudad, conocida del mundo todo, tiene asiento, como es sabido, mas abajo de la confluencia del Marne y el Sena, y su parte mejor y mas poblada es la que se ofrece primero á los ojos del enemigo que llega del Nordeste. No

tenia mas proteccion que las alturas de Romainville, de Saint-Chaumont y de Montmartre, en la época á que se refiere la presente historia. De consiguiente, los aliados necesitaban cruzar el Marne en masa, para ir á forzar nuestras defensas y vengar veinte años de humillaciones.

Ante todo, apostaron en Meaux los cuerpos de Sacken y de Wrede para cubrir sus espaldas contra algun inopinado ataque, precaucion natural del todo, cuando se habia dejado á Napoleon en Saint-Dizier. Blucher, con los cuerpos de Kleist y de York, refundidos en uno solo, con el cuerpo de Woronzoff, antes de Wintzingerode, con el de Langeron, ascendiendo entre los cuatro á noventa mil hombres, se hubo de trasladar mas á la derecha y ganar el camino de Soissons, para dirigirse por el Bourget á Saint-Denis y á Montmartre. Al cuerpo de Bulow se le confió el cuidado de apoderarse de Soissons. El príncipe de Schwarzenberg, con el cuerpo de Rajeffski, antes de Wittgenstein, y con las reservas, que en totalidad subian á cincuenta mil hombres, debió ir por el camino de Meaux, Claye y Bondy á Pantin, la Villette y Romainville. El príncipe real de Wurtemberg, con su cuerpo y el de Giulay, fuertes de treinta mil hombres, por Chelles, Nogent-sur-Marne y Vincennes, se hubo de dirigir á Montreuil, y á Charonne. Orden tenian las tres columnas de estar delante de París el 29 por la noche, para poder atacar el 30. Efectivamente, se pusieron en marcha á fin de llegar el día convenido bajo los muros de la gran capital, blanco antiguo de su odio y de su ambicion.

Sin expresarlas se adivinan las emociones que

agitaban á la poblacion parisiense. Al cabo no ofrecia ya duda que los ejércitos reunidos de la coaliccion habian resuelto marchar sobre la capital de Francia. Ora por necesidad, ora por combinacion inexplicable, á la sazón estaba lejos Napoleon de su capital, y de consiguiente, en la imposibilidad de protegerla. Con excepcion de algunos hombres obcecados por el espíritu de partido, la masa de sus moradores se hallaba poseida de dolor y ansiara un defensor quien quiera que fuese. Nada significaba el anhelo de verse libre del gobierno de Napoleon junto al temor de un asalto, y los horrores que podia traer consigo. La Guardia nacional, sacada exclusivamente de la clase media y reducida á doce mil hombres, no tenia tres mil fusiles. Parte de ellos usaban de picas, lo cual les hacia ridículos. Aunque enemigo el pueblo de la conscripcion y de los derechos reunidos, se estremecia á la vista del extranjero, y de buen grado empuñara las armas, si hubiera posibilidad de que se le dieran y voluntad de confiárselas. Ocioso, agitado, descontento, vagaba por los arrabales y por los bulevares. A las barreras se agolpaban los campesinos en muchedumbre, empujando por delante su ganado y conduciendo cuanto habian podido salvar de su pobre ajuar en carretas. No se habia pensado en eximirles del pago de derechos de puertas, y algunos se veian obligados á vender á vil precio una parte de lo que llevaban consigo para comprar la ventaja de abrigar dentro de la capital el resto. Tan luego como entraban los infelices, se iban á obstruir las plazas públicas y los bulevares, y despues de formar con sus carretas y sus ganados una especie de campamento, de aqui para alli corria

pidiendo noticias, dándolas, exagerando y gimiendo al oír el estampido del cañon que anunciaba el estrago de sus haciendas. Encima de este pueblo, tan diverso, confuso y turbado, flotaba en cierta especie de desolacion el gobierno mas extraño del mundo. Vivamente alarmada la emperatriz regente por sí y por su hijo, temiendo á la vez á los soldados de su padre y al pueblo entre que habia ido á reinar, no encontrando ya en Cambacéres, poseido de espanto, las amonestaciones que siempre oía de su boca, desconfiando injustamente de José, dulce y afectuoso para ella, si bien tildado como émulo del emperador á sus ojos, no sabiendo de consiguiente, donde buscar un consejo ni un auxilio, se hallaba sumida por el estampido del cañon en un mar de angustias. José, á quien el cañon no daba susto, pero que, al ver caer unos tras otros los tronos de su familia, ya empezaba á desesperar del de Francia; José que, espoleado por el emperador se habia ingerido un momento en la organizacion de las tropas, aunque sin la menor inteligencia, no tenia saber, ni diligencia, ni autoridad para apoderarse con vigor de los elementos de resistencia aun existentes en Paris. Clarke, duque de Feltró y ministro de la Guerra, laborioso, pero incapáz, débil, muy próximo á ser desleal, siempre en contra de todos los dictámenes del duque de Rovigo, á quien detestaba por extremo, apenas se hallaba en estado de cumplir la mitad de las órdenes del emperador, las cuales, á la verdad, se referian exclusivamente al ejército activo. Inteligente el duque de Rovigo y valeroso, pero tildado como instrumento de una tiranía perdida, no era oído por nadie. Hombres meramente espe-

ciales los demás ministros, no salian del círculo de sus funciones, y se limitaban á participar de la consternacion general en las circunstancias presentes. Por último, el único hombre capaz, no de crear recursos, pues jamás se habia dedicado á tareas administrativas, sino de dar buenos consejos por norma de conducta, se reía de los apuros de todos estos personajes, les hacia objeto de mofa, y les pagaba la desconfianza que les inspiraba en desprecio. ¡Tal era el conjunto confuso de príncipes y ministros, que á la sazón tenia á cargo la salvacion de Francia! Así por donde quiera se hallaban las tristes resultas de la política de conquista: obras magnificas, armas, soldados, en Danzick, en Hamburgo, en Flesinga, en Palma-Nova, en Venecia, en Alejandria ¡y en Paris nada, nada! ni un reducio, ni un soldado, ni un fusil, ni siquiera un gobierno; y por único recurso, para dar direccion á la energia del pueblo mas bizarro del orbe, una muger desconsolada, y hermanos, no sin valor, mas sin autoridad, porque todo estaba reducido en el Estado á un solo hombre, y porque, ausente este hombre, la idea, la voluntad, la accion parecian como desvanecidas en el seno de la Francia paralizada!

Quando el 28 de marzo se supo la próxima llegada de los mariscales, y ya no se pudo abrigar la menor duda sobre la aproximacion del enemigo, José, como depositario de las instrucciones escritas y verbales de Napoleon en punto á lo que convendria hacer de la emperatriz y del rey de Roma, si la ciudad de Paris era atacada, se las comunicó á la emperatriz, al archicanciller Cambacéres y al ministro Clarke, y no entró en la mente de ningun-

no dejarlas de prestar obediencia, aunque á José y á Cambacéres se les ocurrieran muchos argumentos en contra. Por lo que hace á la emperatriz, se hallaba dispuesta á partir, ó á quedarse, á tenor de la voluntad de su esposo. Se convino en reunir el consejo de regencia al instante, para someter la cuestion á su fallo y provocar una resolucion conforme á las miras de Napoleon explicita y reiteradamente manifestadas.

Bajo la presidencia de la emperatriz juntóse el Consejo la noche del 28 de marzo. Se componia de José, de los grandes dignatarios Cambacéres, Lebrun, Talleyrand, de los ministros, y de los presidentes del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado.

Apenas congregados en las Tullerías, con la vénia de la emperatriz, tomó el ministro de la Guerra la palabra, y describió la situacion en términos tristes y estudiados. Allí dijo que se tenian por único recurso, los muy reducidos cuerpos de los mariscales Mortier y Marmont, algunas tropas traídas por el general Compans, algunos batallones sacados de los depósitos á fuerza de fuerzas, una guardia nacional de doce mil hombres, los mas sin fusiles, un pueblo decidido á batirse, pero inerme, algunas empalizadas en las puertas de la ciudad, sin la mas leve obra defensiva, sobre las cumbres; en suma, alrededor de veinte y cinco mil hombres, desprovistos de los socorros del arte, y obligados á hacer frente á doscientos mil hombres aguerridos, y poseedores de un material inmenso. Con frases de la mas absoluta adhesion á la familia imperial acompañó esta pintura, y de todo dedujo la necesidad de que al instante par-

tieran la emperatriz y el rey de Roma, y se encaminaran de seguida al Loira, fuera del alcance del enemigo.

Impaciente Mr. Boulay del Meurthe, por emitir su dictámen al escuchar al ministro de la Guerra, se declaró con vehemencia en contra de proposición semejante, y en el mismo vivo tono expuso de plano los inconvenientes fáciles de concebir al golpe. A su ver, esto equivaldría á abandonar y á desesperar á la vez á la capital, que veía una especie de escudo en la hija y el nieto del emperador de Austria; que revelando así no pensar más que en su salvacion propia, se daría pie á que todos siguieran su ejemplo; que de esta suerte había que considerar la defensa de París como imposible, y sus puertas como abiertas al enemigo de antemano; y que con esta partida del gobierno se iba á labrar el hueco, para que un partido hostil y ayudado por el extranjero, lo llenara con los Borbones, según se acababa de ver en Burdeos. Tras de explanar estas ideas, propuso Mr. Boulay del Meurthe que se hiciera representar á María Luisa, con el papel de su ilustre abuela María Teresa, conduciéndola al Hotel de Ville, y apellidando al pueblo de París; que en caso de necesidad, suministraría cien mil soldados para defenderla.

Este dictámen irrefragable, si existieran cien mil fusiles para distribuirlos al pueblo parisiense, y si el gobierno imperial se determinara á confiarse á los, fué aprobado por mayoría de votos, y con especialidad por el ministro de Policía, duque de Rovigo, y por el anciano duque de Massa, quien, á pesar de sus años y de sus achaques, sostuvo con elocuencia y casi lozanamente la opinion contraria.

á la partida. Hasta el sesudo y frio duque de Cadore halló en su alma cierta dosis de fuego para apoyar el dictámen de quedarse en París y de defenderse con arrojo. En medio de esta especie de unanimidad, aunque José daba muestras de inclinarse á los que rebatían la proposición de abandonar á París, permanecía mudo como paralizado por desconocida influencia. También se callaba el príncipe Cambacéres, encorvado bajo el peso de sus congojas. Por extremo agitada la emperatriz pedía con la mirada un consejo á todos los asistentes.

Mr. de Talleyrand, con la autoridad inherente á su nombre, tomó á su turno la palabra, y expresó una opinion sorprendente á todas luces, para cuantos estuvieran al cabo de sus relaciones secretas. Con aquella gravedad lenta y agraciada á la par que desdeñosa, que caracterizaba su modo de hablar, emitió un dictámen profundamente político, y tal como pudiera emitirlo si profesara una completa adhesión á los Bonapartes. Poco se extendió acerca del entusiasmo que se podría excitar de ir al Hotel de Ville con la emperatriz y el rey de Roma, porque su espíritu no prestaba fé á este linaje de recursos, pero insistió en el peligro de dejar á París abandonado. En su concepto lo de evacuar la capital no era sino entregarla á las empresas, que no dejaría de acometer un partido enemigo á la primera aparición de los ejércitos aliados. Este partido, hostil y conocido por todos, era el de los Borbones. Se acercaba la coalición, de cuyo favor gozaba por completo; y desamparar á París, hacer que María Luisa partiera de su recinto, solo daría por resultado libertar á la coali-

cion de todas las dificultades que se pudieran oponer á que consumara una revolucion. Tal fué, no en los términos, sino en la sustancia, la opinion emitida por Mr. de Talleyrand, y rayaba en lo singular que el hombre que debia hacer la principal figura en la próxima revolucion, la describiera tan perfectamente de antemano.

Las gentes sin sagacidad y que, por lo mismo que no la tienen, la suponen en todo, creyeron al punto y propalaron que Mr. de Talleyrand habia emitido este dictámen para que se adoptara el otro, y cometian un error de los mas pueriles. Consultado Mr. de Talleyrand de pronto, aconsejó lo que tuvo por mejor su buen seso. Además le contrariaba el proyecto de la partida. Quedarse dentro de París despues de aconsejar lo contrario, fuera incurrir en grave falta; partir era còrrer detrás de un gobierno que se iba, y alejarse de otro que llegaba. Finalmente, el consejo de quedarse tenia un barniz de adhesion que podia ser muy provechosa, si Napoleon, á quien verdaderamente no se juzgaria perdido hasta saberse que era muerto, llegaba á alcanzar el triunfo. Despues de obedecer de este modo á la índole de su talento y á su conveniencia, se calló Mr. de Talleyrand, dejando á todos los asistentes sin valor para emitir un dictámen político á continuacion del suyo. Se recogieron los votos, y al primer escrutinio apareció tener gran mayoría los que desaprobaban la partida de la emperatriz y del rey de Roma.

Apenas se anunció este resultado, pintóse una singular ansiedad en el rostro del ministro Clarke, y, sobre todo, en el del príncipe José, á pesar de haber éste alentado visiblemente la opinion en fa-

vor de la cual se acababa de declarar la mayoría. Entonces, como cediendo á una necesidad imperiosa, se levantó el ministro de la Guerra, y pronunció un estenso discurso para aconsejar de nuevo la partida de la emperatriz y de su augusto hijo, alegando razones que, sin ser buenas, eran las menos malas para el caso. A su decir, en París no se hallaba todo, ni todo se debia reducir á este punto, y tomado París se debia defender á muerte el resto de Francia, y disputarlo con teson al enemigo. Así urgía encaminarse en union de la emperatriz y del rey de Roma á las provincias no invadidas, y llamar allí á los buenos franceses y hacerse matar con ellos por defender el pais y el trono. Mas esta lucha prolongada no era posible, si por dejar en la capital á la emperatriz y á su hijo, se les exponia á caer en manos de los soberanos aliados. De este modo se devolveria al emperador de Austria la prenda preciosa que se guardaba suya, y si en alguna parte se queria levantar el estandarte de la resistencia, no habria ninguna persona augusta en torno de la cual se juntasen los súbditos adictos al imperio. Ahora bien, la probabilidad de que el enemigo penetrara en París, era mayor que se creia, pues con los recursos existentes en la capital, habia muy poco para resistir á los doscientos mil hombres, que se venian encima.

Por pura obediencia tomóse el ministro de la Guerra tan improbo trabajo, pues realmente no tenia opinion sobre nada. Sus argumentos, sacados del recuerdo histórico de resistencias desesperadas, verdaderos en Viena bajo María Teresa, en Berlín bajo Federico el Grande, falsos en París bajo un soldado vencido, no hicieron fuerza á nadie,

por que, sin darse cuenta de ello y sin atreverse á decirlo, cada cual sentia que, con un gobierno de origen revolucionario, cuyo favor estaba perdido, y al cual se tenia ya preparado quien le sustituyera, lo de abandonar la capital equivalia á dar pie á una revolucion inmediata. Asi es que, insistió en su parecer cada uno, y recogidos nuevamente los votos, se vió prevalecer casi por unanimidad la permanencia en París de María Luisa y el rey de Roma.

Entonces José abandonó su tenaz silencio, y á pesar de que en su actitud parecia inexplicable, se explicó á las claras, sin mas que leer dos cartas del emperador, una fechada en Troyes, despues de la batalla de la Rothière, y otra en Reims despues de las batallas de Craonne y de Laon, y en las cuales decia que á ningun precio convenia dejar que su esposa y su hijo cayeran en manos de los aliados. Ya indicamos el motivo que inspiró á Napoleon estas dos cartas. Independientemente del entrañable afecto que profesaba á su muger y á su hijo, se fundaba en el deseo de conservar en su poder una prenda preciosa; y además en el temor de que se convirtiera María Luisa en dócil instrumento de cuanto se quisiera intentar en contra suya, especialmente creando una regencia, lo cual equivaldria á su exclusion del trono. Asi pensó despues de la inquietadora batalla de la Rothière, y tras las batallas indecisas de Craonne y Laon su dictámen fué el mismo. Estas dos cartas descargaron un golpe contundente sobre el Consejo de regencia. Al pronto aquellos, cuya opinion quebaba asi vencida, exclamarón que se habia hecho mal en congregarles para emitir su dictá-

men propio, si existia una orden de Napoleon y orden absoluta, que no admitia ningun debate. Mas viniendo la reflexion despues de la impresion del primer instante, se pusieron á examinar dichas dos cartas, y disputaron acerca del uso que se hacia de ellas. Escrita habia sido la primera en otras circunstancias, despues de la batalla de la Rothière, cuando al parecer no habia la menor probabilidad de resistir al enemigo. Posteriormente victorias brillantes, si bien alternadas con sucesos menos venturosos, habian prolongado la guerra en términos de hacer incierto su resultado. Por consiguiente, las circunstancias eran diversas, y quizá Napoleon no expidiera las mismas órdenes ahora.

A esta interpretacion respondia perentoriamente la segunda carta, escrita desde Reims el 16 de marzo, á otro dia de un feliz combate, y en el momento en que emprendia la marcha hácia las plazas fuertes. Asi hubo que rendirse y acordar la partida para el dia siguiente, 29 de marzo, por la mañana. Sin embargo, se convino en que se quedaran José y los ministros para la defensa de París, y en que no abandonaran esta ciudad hasta que ya no fuera posible disputarla al enemigo. Solo debia acompañar á María Luisa el archicanciller Cambacères, poco á propósito para el tumulto de las armas, y además, consejero indispensable de la regente. Se separaron consternados y en un estado de agitacion nada comun bajo un gobierno tan obedecido y tan quieto hasta entonces. Efectivamente, se acusaban unos á otros y se atribuian la ruina del imperio. Algunos miembros, de los mas fogosos, reconviniéron al duque de Rovigo, por no recurrir á los medios que el año 1793 sal-

varon á Francia, probando á levantar al pueblo; á lo cual replicó que participaba de la opinion misma, si bien para armar al pueblo necesitaba de dos cosas, primera tener armas, y segunda tener autorizacion para recurrir á este medio. Al bajar la escalera de las Tullerías, Mr. de Talleyrand, que andaba como hablaba, esto es, despacio, dijo al duque de Rovigo, apoyándose en el baston que usaba habitualmente.—¡Y bien, véase cómo habia de concluir un reinado tan glorioso!... ¡Terminar su carrera como un aventurero, en lugar de terminarla pacíficamente sobre el trono mas grande, y después de dar su nombre á su siglo!... ¡qué fin!... ¡Muy digno de lástima seria el emperador, si no mereciera su suerte por rodearse de tales incapacidades!...—El duque de Rovigo, que habia sentido tambien ir su favor á menos, y no hacia gran caso de los que le habian sustituido en la confianza del emperador, bajó la cabeza, no respondió nada, y aun pareció aprobar las palabras de Mr. de Talleyrand. Entonces éste, con cierta mirada equivalente á una excitacion á algo mas de confianza, añadió lo siguiente.—Y, sin embargo, no á todos puede convenir sepultarse bajo tales ruinas, y esta es la ocasion de pensarlo.—De seguida, al ver que el duque de Rovigo continuaba silencioso, porque este servidor permanecia fiel á pesar de estar descontento, puso término á la conversacion con estas simples palabras.—Allá verémos—y se metió en su coche, casi temiendo haber dicho demasiado.

Después de esta sesion, cuyas consecuencias fueron tan graves, al acompañar José, Cambacéres y Clarke á la emperatriz á sus habitaciones, se

comunicaron sus ideas y declararon entre sí que el partido que habian adoptado por obediencia á Napoleon tenia grandes inconvenientes. Entonces repuso María Luisa.—Pues decidme lo que debo hacer y lo pondré por obra. Vosotros sois mis verdaderos consejeros, y os toca manifestarme cómo debo interpretar las voluntades de mi esposo.—El príncipe de Cambacéres, cuya cordura carecia ya de fuerza, José, por tener miedo á la responsabilidad, no se atrevieron á aconsejar la desobediencia á las cartas de Napoleon. Sin embargo, se resolvió que antes de obrar segun su texto, se asegurarian de si el peligro era tan real como se daba por sentido, y de si en consecuencia era ya tiempo de ejecutar órdenes al parecer tan peligrosas. Así quedó acordado que José y Clarke practicasen á la mañana siguiente un reconocimiento militar, y que no partiera la emperatriz hasta nuevo aviso de su parte.

A otro dia 29 se llenó la plaza del Carrousel de carruajes de corte. Además del equipaje de la familia imperial se habian cargado los papeles mas preciosos de Napoleon, los residuos de su tesoro particular, que aun sumaban 48.000,000 de francos, la mayor parte en oro, y, por último, los diamantes de la corona. Allí acudió una multitud inquieta y aun zozobrosa, porque para muchos espiritus figuraba María Luisa como prenda contra la barbarie de los extranjeros.—Se daba por seguro que no se saquearia, no se incendiaria, no se hundiria bajo las bombas una ciudad que encerrara á la hija y al nieto del emperador de Austria. Una desercion, una especie de traicion semejava la partida de María Luisa. Con todo, la muchedum-

bre permanecía quieta y muda. Habiendo logrado penetrar algunos oficiales de la Guardia nacional en el palacio, porque en las horas de desgracia cae bajo la emoción pública la etiqueta, se afanaron por hacer que María Luisa desistiera de la partida, manifestándola que estaban prontos á defenderla y también á su hijo hasta el último extremo. Hecha un mar de lágrimas, les dijo que era una mujer, que no tenía autoridad alguna, que debía obedecer al emperador y les dió muchas gracias por su adhesión sin poder rehusarla, ni admitirla. Sinceramente adherida entonces á la causa de su hijo y de su esposo, la infeliz iba y venia por sus aposentos, esperando á José que no llegaba, no sabiendo qué decir ni qué hacer y llorando. Al fin, tras de anunciar avisos reiterados de Clarke que ya inundaba los alrededores de la capital la caballería lijera del enemigo, á cosa de medio día partió devorada de sentimiento, con su hijo que pateaba de despecho y preguntaba dónde iban á llevarle.—¿Dónde iban á llevarle, infeliz niño!... ¡A Viena, donde debía morir sin padre, casi sin madre, sin patria, reducido á ignorar su origen glorioso!... ¡Niño infeliz, nacido de la prodigiosa aventura que enlazó á un soldado con la hija de los Césares, y cuyo destino, despues de nuestros desastres, es lo que mueve mas á compasión en estos sucesos extraordinarios!

La larga comitiva de esta consternada corte, triste ejemplo de las vicisitudes humanas y muy á propósito para espantar á cuantos son felices, se deslizó hácia Rambouillet, por entre la muchedumbre descontenta, á la par que silenciosa, y previendo á la sazón lo porvenir, cual si se le

revelara por completo. Mil doscientos soldados de la Vieja Guardia escoltaban á la corte fugitiva. Este funesto día 29, vispera de otro aun mas funesto, se dedicó á algunos aprestos para la defensa. José empleó la mañana en practicar por los alrededores de Paris, en union de varios oficiales, un reconocimiento, lo cual retardó sus respuestas á la emperatriz, y se hubo de convencer de que con los medios de que se podia hacer uso, no se defendería la capital mas de veinte y cuatro horas. Verdad es que con las fuerzas llevadas por los dos mariscales, con los depósitos existentes en Paris, no se podian oponer mas que veinte y dos ó veinte y tres mil soldados á los doscientos mil que contaba próximamente el enemigo. De doce mil hombres constaba la Guardia nacional á quienes el sentimiento del deber y el horror al extranjero trasformaran en decididísimos soldados, pero solo tres ó cuatro mil tenían armas á lo sumo. Entre el pueblo se hallaban brazos vigorosos, y docilísimos ante el comun peligro, pero no habia fusiles que darles. Acerca de las obras defensivas, ya hemos dicho que se limitaban á algunos reductos mal artillados, y á algunos tambores delante de las puertas, con empalizadas y sin fosos. Sin embargo, Napoleon ya habia expedido órdenes, por desgracia muy generales, segun le era posible enviarlas desde lejos, y en medio de los multiplicadísimos movimientos del ejército activo. Además, como se trataba de una resistencia irregular y sostenida con todo aquello á que se echara mano de pronto, nada se podia prever ni prescribir por anticipado. Se necesitara que Napoleon se hallara presente, con su voluntad, su diligencia, su espíritu inventivo y su indo-

mable energía, para sacar partido de los recursos que brindaba París; y ni el excelente á la par que irresoluto José, ni el incapaz y dudoso duque de Feltro eran idóneos para suplirle en tal coyuntura. Solo se fijaban en que tenían de veinte á veinte y cinco mil hombres de tropas regulares, y en que contaba doscientos mil el enemigo. Ciertamente, desesperacion y nada mas debia inspirar la idea de una batalla en condiciones tales; pero la concepcion mas necia podia únicamente mover á dar bajo los muros de París una batalla, pues una vez perdida, y no habia posibilidad de que sucediera otra cosa, se perdía todo, batalla, París, gobierno y Francia. Convenia defender á París como Bourmont á Nogent algunos dias antes, como Alix á Sens, como los españoles habian defendido sus ciudades, como el mismo pueblo parisiense ha defendido á menudo á París contra sus gobiernos, con sus arrabales llenos de barricadas, con su poblacion detrás de ellas, y reservando el ejército de línea para caer sobre los puntos por donde penetrara el enemigo. Ahora bien, ni por asomo faltaban recursos para una resistencia de esta clase. Con la fuerza que se iba á agregar á los cuerpos de los mariscales Marmont y Mortier, bien se podian reunir de veinte y cuatro á veinte y cinco mil hombres. Guardias nacionales habia no menos de doce mil á los cuales se pudieran entregar cinco ó seis mil fusiles ordinariamente disponibles de los treinta ó cuarenta mil, en cuya reparacion se trabajaba, y que se empeñaba Clarke en reservar para las tropas activas, lo cual elevara á ocho ó nueve mil los guardias nacionales bien armados. A la sazón pudiera suministrar el pueblo de París de

cincuenta á sesenta mil voluntarios, á quienes fuera fácil armar con escopetas, siempre abundantes en la capital; escopetas que ofreciera el celo de los vecinos y que en todo caso se hallara medio de tomar administrativamente. Vincennes contenia doscientas bocas de fuego de todos calibres é inmensa porcion de municiones. Con ellas se hubieran podido cubrir las alturas de París y seguramente para subirlas nadie negara sus caballos. — Barreando las calles de los arrabales y de la ciudad, colocando la poblacion detrás de las barricadas, cubriendo con la artillería ciertas posiciones bien elegidas, disponiendo el ejército para los puntos donde fuera de temer un triunfo del contrario, ó bien lanzándolo desde las alturas sobre el flanco de las columnas de ataque, segun lo permitia la configuracion del terreno, se alcanzara de seguro á impedir la entrada en París á lo menos por el espacio de algunos dias; y los mismos lugares bien estudiados brindaran recursos que se pudieran utilizar con reconocida ventaja.

No hay quien no conozca, por haberla visto ó habitado, la gran capital que se trataba de poner en defensa. Llegando por la orilla derecha del Sena el enemigo, por fuerza encontraba el semicírculo de alturas que rodea á París, desde Vincennes hasta Passy, y que encierra la parte mas rica y populosa. De la confluencia del Marne y del Sena, junto á Charenton á Passy y Auteuil, la ciñe una cadena de cumbres, ya ensanchadas en forma de meseta como en Romainville, ya salientes como en Montmartre, las cuales ofrecian preciosos medios de resistencia, aun antes de que un rey patriota las cubriera de fortificaciones muy robustas